

**MAMELI Y KÖRNER**

(Para LA NACION)

SALAMANCA, agosto de 1915.

Hay quien dice que la guerra es un venero inagotable de ideas, pero lo que se observa es que todos estamos repitiendo unos cuantos temores fundamentales. ¿Es esto un mal? No; más bien es un bien, y grande. La pasión es la que ahonda en el pensamiento humano, la que descende hasta sus cimientos y los socava, y la pasión propende siempre al monoideísmo. ¿Habrá que repetir una vez más que los grandes removedores del espíritu humano han sido hombres de unas pocas ideas? Tal ha pasado renovando una sola idea, una de esas que de puro sabidas las olvidamos todos.

A la guerra a cañonazos y a tiros acompaña otra a disparos de ideas. Apenas hay quien, en el mejor caso, no se haya convertido en abogado de su propio pueblo y de su raza. Asistimos a una revisión general de valores, salvo que pasado el ardor de la lucha vuelvan las aguas a su cauce secular. ¿Del todo? ¡Del todo no! no puede ser. Un terremoto espiritual así tuerce, por poco que sea, hasta el álveo de los más profundos y más grandes ríos.

Ahora se ve más claro que nunca cómo estamos jugando con las palabras y con los conceptos, y como una misma expresión encubre a las veces las más opuestas concepciones. ¿Hay algo de que se haya hablado más que del individualismo? Y acabamos por no saber qué es lo que con ese término se quiere designar, y ni aun con el de individuo.

En un tiempo no lejano—lo recordamos muchos—pasaban los pueblos germánicos por ser los más específicamente individualistas, y a estos otros pueblos a que ha dado en llamárseles latinos se les decía rebaños y gregarios, de montón. ¿Quién no recuerda aquel libro sofístico de Desmoulins que tanto dió que hablar hace pocos años? Y ved que hoy los alemanes echan en cara a los latinos—admitamos esta denominación, por controvertible que sea—su individualismo. Que dicen les lleva al anarquismo.

Y uno se pregunta: ¿qué es eso de individualismo? ¿qué es el individuo? Natorp, un filósofo alemán, dice que el individuo no es, como el átomo, más que abstracción. Pero la sociedad toda, la humanidad, tampoco es, como no lo es la materia, más que una abstracción. Los matemáticos dicen que cero multiplicado por el infinito da un número cualquiera—que un número cualquiera es una infinidad de ceros—o si queréis una línea una infinidad de puntos—pero es el caso que el cero es una abstracción y el infinito otra. Y un número cualquiera,  $n$ , es otra. Porque lo concreto es éste o aquél, 4 ó 5 ó 20.

¿Es que acaso, dicen, puede desarrollarse y afirmarse el individuo no siendo en una sociedad bien y fuertemente organizada? Y otros retrucan: ¿es que puede haber sociedad perfecta donde no se ha perfeccionado antes el individuo? Y es el cuento de nunca acabar. Un relojero de París o de Berlín, que no sabe más que hacer relojes, perecería si se le dejase en una selva donde se busca su vida un salvaje que no necesita reló para saber lo que ha de hacer en cada momento. ¿Mas, diremos por esto que el salvaje es más perfecto individuo que el relojero? Y todo lo que de aquí se sigue sobre los peligros y las ventajas de la diferenciación del trabajo.

Claro está de todos modos que el hombre más perfecto sería el que siendo un excelente especialista pudiese, en caso de necesidad, hacer de Robinson. Y en todo caso el hombre más perfecto es el que sea mejor ciudadano, el que tenga más clara conciencia de su ciudadanía. Y no otra cosa quiso decir Aristóteles cuando dijo que el hombre es un animal político; esto es: civil.

¿Especializado? Sin duda. Pero no de tal manera que se abandone en manos de los que mandan. Hay en religión una cosa terrible, que es la llamada fe implícita o por otro nombre fe del carbonero, aquella que se expresa en la famosa contestación de nuestro catecismo: «eso no me lo preguntéis a mí, que soy ignorante; doctores tiene la Santa Madre Iglesia que os sabrán responder». Y en el orden civil, o de la civilización, hay algo correspondiente, hay también una fe implícita, o de carbonero, que dice: «eso no es de mi cuenta; autoridades tiene el Estado que me sabrán mandar».

Esta actitud de ciudadanos carboneros entusiasma a nuestros conservadores, a los que predicán disciplina a los demás. Ya dejó dicho Carducci que los conservadores son siempre los mismos: «insolentes, villanos y desvergonzadamente triviales». O algo peor, digo yo. Aquí están ahora salidos de madre. El espectáculo de la barbarie les ha remejido el poso de sus peores pasiones. Y predicán un estatismo a toda costa. Les parece edificante ver un pueblo de soldados que van a la muerte sin discutir las razones—o las sinrazones acaso—de los que los mandan.

¿Un pueblo de soldados? ¿Pero es

dan.

¿Un pueblo de soldados? ¿Pero es que no hay contradicción en los términos? ¿Es que un pueblo puede componerse de soldados? ¿Es que los soldados pueden hacer un pueblo? Un estado, sí, y hasta un estado más fuerte y próspero; pero, ¿un pueblo?

Mas entendámonos, si es que cabe entenderse, y no caigamos una vez más en abstracciones. No es posible un pueblo sin alguna forma de estado, no es posible contenido sin continente; y no es posible el Estado sin pueblo. Ahora, que el contenido puede rebasar del continente y romperlo o cambiarlo de continuo, o el continente puede ceñir y estrujar al contenido y solidificarlo; es, como en casi todo, una cuestión de máximos y mínimos. Y en todo caso cada pueblo se organiza según es.

Anda corriendo por ahí un artículo en que se dice que pelean ciudadanos franceses contra soldados alemanes, que son varios pueblos que luchan contra tres Estados imperiales. Y yo mismo, forzando la paradoja, escribí que prefiero un pueblo sin Estado a un Estado sin pueblo. ¿Qué haya pueblo alemán, quién niega? Pero es innegable también—y lo confiesan ellos mismos, los alemanes—que es hoy en Europa el pueblo de menos sentido político. ¿No es que no ame la libertad, no! Es que la entiende y la siente de opuesta manera que la entendemos y sentimos los otros. Para él la fuente y la garantía de la libertad es el Estado. Nosotros en cambio llevamos en la masa de la sangre, del alma, la concepción rousseauiana del contrato social. Somos nosotros, los individuos, los que hacemos el Estado, y no es éste el que nos hace.

¡Metafísicas! dirás. Sin duda. Conceptualmente, acaso las dos concepciones se identifiquen. Con razón se ha dicho que anarquismo y socialismo parecen a primera vista cosas opuestas y a última vista una misma cosa. Sin duda. Lo mismo da acostumbrarse a ver el mundo con gafas verdes que con gafas rojas. Des que lo vieran, uno en rojo y otro en verde, acabarían por entenderse y por llamar a los mismos colores con el mismo nombre. Pero para el tono sentimental no sería lo mismo. Porque el color es algo más que una percepción. Hay colores dinámogenos. Hay colores que excitan y otros que apaciguan. Y así sucede con las ideas. No es, pues, lo mismo sentir al mundo en anarquista o en socialista, aunque en la comprensión de él apenas difieran.

Se dice que están peleando pueblos contra ejércitos, ciudadanos contra soldados. Y de hecho lo más admirable de esta guerra es cómo fué a ella el pueblo francés, un pueblo civil y pacífico, que odiaba la guerra. Fué como a un sacrificio, y en un principio sin confianza alguna en la victoria. Frente a lo cual indigna oír al kaiser repetir, como un estribillo, que él no quiso la guerra, que ha sido llevado a ella. Sí, por la camarilla militar que le rodea, por los profesionales de la guerra. Es decir, por aquellos para quienes la guerra es un oficio, tal vez un fin, en todo caso un modo de vivir y de brillar y de prosperar.

Y otra cosa admirable de esta guerra es cómo se ha lanzado a ella el pueblo italiano, el pueblo que educó el gran Mazzini, saltando por encima del estado, que es el que se había metido en la triple alianza. Y el pueblo

forzó al estado. Bien dijo el rey: «no puedo hacer traición a mi pueblo».

Estos días leía el estudio que Carducci dedicó en 1872, a Goffredo Mameli, poeta de Italia, muerto a consecuencia de un balazo en Roma, a la edad de 20 años, el 6 de julio de 1849, tres días después de la ocupación de la ciudad por los franceses. Mameli, como su amigo y maestro Mazzini, el gran apóstol de la libertad de los pueblos, parece revivir hoy. Y se oye aquellos sus tres versos:

Che se il popolo si desta,  
Dio si mette alla sua testa,  
E suo fiamme gli dà.

«Que si el pueblo se levanta, Dios se pone a su cabeza y le da su rayo». Era el grito de Mazzini: «Dio e il popolo!» ¡Dios y el pueblo!

Y bueno será, como ha recordado aquí oportunísimamente Ramón Pérez de Ayala, que los que tanto hablan a propósito de Italia y de los italianos, de Maquiavelo y de maquiavelismo, sin conocer ni a Italia, ni a Maquiavelo, ni la italianidad ni el maquiavelismo, bueno será que se enteren de las doctrinas de Mazzini, de lo que el mazzinismo es, de toda su grandezza ideal y moral. Y bueno será que sepan que mientras los más de los comentaristas de Maquiavelo y los que más han torcido sus doctrinas están entre los alemanes partidarios de esa barbarie que se llama la política realista—«Realpolitik»—es en Inglaterra donde, fuera de Italia, mejor se conoce y más se aprecia a Mazzini.

El amplio patriotismo de Mazzini, el patriotismo universal, fué el que encendió el alma de Mameli. «Como la flor de la flómide—escribía Mazzini de Mameli—brotó en la noche; floreció, pálido, como por indicio de corta vida, al alba; el sol del mediodía, del mediodía de Italia, no lo verá». No llegó a ver Mameli la unidad italiana; no llegó a ver la bandera de Saboya sobre el Quirinal.

Mameli fué un patriota. Su nombre le recordaba a Carducci el de otros dos poetas guerreros muertos también en la flor de la edad: el húngaro Pécsefi y el alemán Teodoro Körner.

Mameli murió en Roma por la patria italiana a los 20 años, Körner murió en Leipzig el 27 de agosto de 1813 a los 22. Unas cuantas poesías guerreras de Körner hacen que se conserve su nombre, y su patria le rinda culto. Guerreras he dicho y no patrióticas, y lo he dicho adrede. Son poesías de soldado más que de ciudadano, más que de patriota. Respirase en ellas más el amor a la guerra que no a la patria. Dice de él Carducci: «Algunos de entre sus cantos de guerra, en los cuales, por lo demás, se siente más el amor soldadesco de las batallas como batalla y el odio a los franceses, que no el amor de la libertad y de la redención; algunos de entre aquellos cantos sostienen erguido sobre la charca del olvido un libro de poesías muy medianas e insignificantes.»

Si, en Körner, más que el amor a la patria y a la libertad, se siente el amor a las batallas, el instinto guerrero, y el odio a los franceses. No habla el patriota, habla el soldado, el que se embriaga a la vista de la sangre, de las rojas rosas del campo de batalla, como él decía. Es el germano, de que nos habla Tácito, guerrero de profesión, pero no ciudadano, no, en rigor, patriota. ¿Y no conocéis aquel pasaje terrible de la tragedia «Los Nibelungos», de Federico Hebbel, donde este trágico poeta de tragedias nos habla del demonio que rige la sangre de sus compatriotas, al que le siguen alegres cuando ella les hierva y humea?

Mameli es el poeta que dió la vida a la patria y a la libertad; Körner el que se la dió a la guerra y a la disciplina.

¡Cosa terrible la milicia cuando la gobierna el verdadero patriotismo, el patriotismo civil! ¡Cosa terrible el héroe profesional sin ocupación, el guerrero que ve que se le va a ir la vida sin poner en juego sus facultades! Escribía Treitschke que el alemán es un héroe nato que se abre paso a través de la vida. Y el que nace héroe—¡de que ingenua pedantería es tal expresión!—si no hay motivo de guerra, lo inventa.

Algunos civiles, sobre todo en los pueblos latinos, creemos que así como el principal deber de los médicos y cirujanos es cuidar de la higiene pública de modo que no tengan que curar a nadie, si posible fuere, así también son los militares los que más deben evitar las guerras. Es más aun; yo creo que los mayores pacifistas deben ser los militares.

Pero ved, en cambio, esas bárbaras y en el fondo groseras doctrinas del que podríamos llamar misticismo guerrero, las de un Moltke, las de un Bernhardi, las de tantos otros cateóricos de milicia y aun hombres civiles germánicos. Y en el fondo esas doctrinas lo que revelan es poca inteligencia.

Lamprecht, el historiador pangermánico, le llama al estado germánico «estado tentacular» y hay que leer en él y en otros apóstoles del pangermánico los argumentos, de una simplicidad abrumadora, con que defienden su tesis. Son argumentos que están al alcance de cualquier alemán, aun del más romo de entendimiento. Como que cualquiera, por torpe que sea, entiende cuando se le dice esto: Tú eres un héroe nato; tú perteneces al pueblo escogido por Dios para conquistar y organizar el mundo; tú debes mandar a los demás.»

vencer si el pueblo no quiere ser vencido. Esto lo aprendió España hacia un siglo.

Un pueblo tiene fé; un estado puede disponer de la ciencia. De la ciencia oficial, ¡claro está! Y en esto de la ciencia oficial—entran la estrategia, la táctica, dos disciplinas altamente académicas. Como que para mantener la ortodoxia de una maniobra se sacrifican algunos miles de almas más.

Las gafas de ciertos generales que han estudiado cálculo y mecánica racional son uno de los símbolos más terribles. Diríase que están en el campo de batalla resolviendo ecuaciones de enésimo grado y que buscan la solución más académica. O no sé si más elegante. Y no sabe uno qué es más inhumano y más bárbaro, si el amor soldadesco a la batalla por la batalla misma, de un Körner, el día en la sangre que bulle y humea como decía Hebbel, o el frío cálculo de los salvajes científicos que resuelven ecuaciones estratégicas en el campo de batalla. Ni en un caso ni en el otro veis al hombre, al hombre racional, al animal político, o sea civil, que dijo Aristóteles, al patriota, al verdadero patriota, al que sabe amar las patrias ajenas y rechaza ese blasfemo galimatías de pueblos superiores y pueblos inferiores.

MIGUEL DE UNAMUNO.



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USALE

Lamprecht, el historiador pangermanista, le llama al estado germánico «estado tentacular» y hay que leer en él y en otros apóstoles del pangermanismo los argumentos, de una simplicidad abrumadora, con que defienden su tesis. Son argumentos que están al alcance de cualquier alemán, aun del más romo de entendimiento. Como que cualquiera, por torpe que sea, entiende cuando se le dice esto: Tú eres un héroe nato; tú perteneces al pueblo escogido por Dios para conquistar y organizar el mundo; tú debes mandar a los demás.»

En el «Berliner Tageblatt»—diario que dicen que es liberal—se escribía hace poco: «La victoria alemana no es una cuestión de casualidad; es una necesidad metafísica. Si los hechos que rigen la historia de los pueblos dependen verdaderamente de una voluntad superior capaz de discernimiento, nosotros podemos y debemos creer que la Providencia nos ha reservado para grandes trabajos.» Comentando lo cual dice Mr. E. Lavissee: «Vemos pues aquí a Dios requerido para dar la victoria a Alemania so pena de no ser inteligente y hasta de no existir.» Como que no me sorprendería, por mi parte, que si Alemania fuese al cabo derrotada firmase el kaiser antes de la paz—si es que la firma—la dimisión de Gott. Y aquí, en España, sabemos de un cura germanófilo y troglodítico que decía que si Alemania fuese derrotada dudaría de la Providencia divina. Lo que no quiere decir otra cosa sino que no cree en ella.

¡Una necesidad metafísica! Al oír esto no sabe uno si echarse a temblar o echarse a reír. Aunque pensándolo mejor se viene a caer en la cuenta de que el redactor del «Berliner Tageblatt» que escribió eso no está muy seguro de la victoria de su patria. Cuando se dice que la victoria es una necesidad metafísica se dice que no se cree demasiado en ella en el orden fenoménico.

Esa victoria metafísicamente necesaria, puede ser como el átomo, como el cero y como el infinito, una abstracción. También la retirada del Marne, después de aquella carrera loca hacia París, parece que fué una maniobra metafísica. Y en todo caso queda lo de Nietzsche: «Y si vuestro pensamiento sucumbe, vuestra lealtad debe, sin embargo, cantar victoria». ¡Para lo que sirve la metafísica!

Volvamos a Mameli. El cual cantaba:

Qui che contano gli eserciti  
Vi son oggi, come allora;  
Se crediamo a lor ciance,  
~~Amiamo~~ le porte ancora.  
«Confidano in Dio nel popolo?  
I satelliti di forti  
Non si contano che morti.  
E vi dico in verità  
Che, se il popolo si desta,  
Dio si mette alla sua testa,  
Il suo fulmine gli dá.

«Quiénes cuentan los ejércitos hay hoy como entonces. Si creemos a sus chacharas abrimos las puertas todavía. Conflemos en Dios, en el pueblo. ¡Los satélites de los fuertes no se cuentan sino muertos y os digo con verdad que si el pueblo se levanta, Dios se pone a su cabeza y su rayo le dá!

Cuenta la escritura que Dios castigó a David por que una vez contó sus ejércitos y fió en el número de ellos la victoria. Así los catedráticos de la ciencia de la milicia, los pedantes de la estrategia y la táctica, los militares profesionales no ciudadanos, inciviles, apenas fían sino en el número y en la preparación y en ese tan cacareado «furor» que es todo menos virtud y menos patriotismo. Y no comprenden que si el pueblo se levanta Dios se pone a su cabeza. Y que aunque parezca vencido no lo es. A un ejército se le vence, quíeralo o no, pero a un pueblo no se le puede